

Borja mandó hacer el trasunto y los jesuitas lo llevaron á Oaxaca. Segun se dice, los pontífices y los reyes de España enriquecieron el templo de Oaxaca con privilegios y gracias muy especiales.

El hermano Márcos, jesuita, destinado por San Ignacio de Loyola para compañero de San Francisco de Borja, con autoridad para moderar á su arbitrio las penitencias de este santo, murió por ese tiempo en el colegio de Oaxaca, en donde fué sepultado. Por mandato de sus superiores se habia dirigido á México, desembarcó en un puerto de la mar del Sur y estaba de paso en Oaxaca.¹

¹ Así lo dice Francisco de Florencia en su historia, L. 6, cap. 10, aunque Alegre no se conforma del todo con esta noticia.

CAPITULO III

ULTIMAS LUCHAS DE LOS DOMINICOS EN FAVOR DE LOS INDIOS.

1. Estado en que se encontraba la Sierra.—2. Saravia en la Chinantla.—3. La vida del mije.—4. Su modo de morir.—5. Márcos de Niza y otros sacerdotes.—6. Incendio de la Villa-alta.—7. San Juan de la Jarcia.—8. Oraciones por los difuntos en Tehuantepec.—9. Inundacion de esta Villa.—10. Los chontales. Los huitzos.

1.—La conquista de la Sierra del Norte á la civilizacion y la fé cristiana, estaba próxima á su terminacion; no se consumaria sin embargo sin nuevas fatigas de los dominicos. El P. Guerrero habia recorrido infatigable dilatadas regiones, haciendo bien por todas partes á su paso. San Ildefonso era su residencia habitual y el centro de sus operaciones: desde allí, él y sus coadjutores partian á considerables distancias, llegando por un lado hasta Totontepec y Chuapan y por otro á la Chinantla, pues aun no estaban divididas las parroquias en estos lugares, que dependian todas de la Villa-alta: la palabra de los frailes fructificaba siempre; mas como no permanecian mucho tiempo en cada pueblo, faltaba á los indios un apoyo constante en sus creencias, que abrazaban cediendo á la irresistible lógica de los predicadores, pero que las abandonaban alejados éstos, ó que, por lo ménos, las viciaban mezclándolas con sus antiguas supersticiones. Así era de esperarse, supuestos la fuerza de

inveteradas costumbres, el poder de la educacion, el apego á la enseñanza paterna, la inclinacion que se tiene siempre á la libertad y á los goces, el encanto que les produciria los recuerdos y lo fugaz del paso del misionero, que solo contaba con el tiempo preciso para repartir una muy ligera instruccion, ausentándose luego á otros cuidados.

A despecho, pues, del celo y actividad de los dominicos, la idolatría no habia desaparecido. Los indios conservaban la memoria de los hechos más pronunciados de su historia, así como de los dogmas capitales de su religion, tanto en sus pinturas como en ciertos cantares que modulaban en determinados días del año, al eco de la concha y de otros instrumentos músicos igualmente lúgubres. Resueltos los frailes á extirpar todo error, aun á costa de borrar tambien toda huella de la historia antigua, no solo quemaron las pinturas sino que trabajaron con empeño en enseñar á los indios el canto de la iglesia y algunos modestos y sencillos bailes, á fin de que olvidasen por completo sus tradiciones. Increíble parece lo que estos religiosos hicieron entre aquellos inaccesibles peñascos, los caminos que recorrieron, las privaciones á que se sujetaron, los peligros que padecieron, luchando con el orgullo de los caciques y la malicia de los hechiceros, aparte de que la avaricia de los españoles les ofrecia frecuentemente obstáculos que parecian insuperables.

Desde 1551 habian comenzado á visitar los frailes la

1. Hé aquí algunas de las poesías compuestas en zapoteco por los misioneros, en honor de la V. M.

1º
Cochiina xquehui Quiiebaa
Pellohuichani Xonaxi;
Gaca Xinaa quellanaaxi
Zooloo quellahuezillaa.
Coxiigucella Chaapa yoona
Zooba Xiticha Bitoo
Chique lannini cuyoo
Coroopa lica Persona.

2º
Coroopa ticha rozega;
Huetaa ciica Biitoolii

Lanni Yonaaxi nachi
Cuyeeni tanni Judea
Isabel pechaagolni
Ticharoo pechaagayahani
Juan Ininini coxibaani
Quella gracia xi Bitoani.

3º

Huanaacólii pellaalati
Pieenniloo quellanaxeene
Peacozi Butoo rixeene
Lachi huiina benniati

Biitoo Xinni xi Billoona
Reaca Benni hualaachi
Ralleni toobi pillachi
Laate rago manni gonna.

4º

Huacateete coruachii,
Nicolle chichi Patoo,
Cuyoo goona loo Yohotoo,
Pechiiga Xiina nachii,
Huezoobaticha Maria
Cuyeeni quellariaati
Zaa yaca xitii cocaati
Loo coxaana xquellaqina, etc.

Chinantla, derramando algunos rayos de luz, ya en una, ya en otra familia; Guerrero, con su presencia de ánimo, los redujo en una rebelion que intentaron contra el Evangelio; dos clérigos de valor se determinaron á permanecer entre ellos: recorrieron la comarca saltando los barrancos y atravesando los bosques en busca de los indios, con no poco riesgo de perecer á manos de los idólatras ó en las fauces de los tigres: hicieron esfuerzos por comunicarse con los chinantecas, con el auxilio del gesto más bien que de sonidos articulados; mas no pudiendo subsistir allí mucho tiempo por el despego y desamor de aquellos neófitos, así como por ser estos indios en general poco hospitalarios, se volvieron. Algunos otros acometieron la obra de reducir á estos cerriles chinantecas, abandonándolos desalentados despues de algunos días. El Sr. Alburquerque pidió á las autoridades que los dominicos quedasen de un modo permanente en el lugar, esperando que el tiempo hiciese lo que no habia logrado la diligencia, y así lo determinó la Audiencia en una provision que juntamente con un mandamiento acordado del virey, conde de la Coruña, fué notificado al cabildo eclesiástico, gobernador en sede vacante por el año de 81, siendo en esta ocasion cuándo fué destinado á la Chinantla el P. Saravia.

2.—Este religioso, al verse en medio de aquellas cabañas sembradas acá y allá entre los montes, en una tan agria naturaleza, rodeado por todas partes de fieras y venenosas culebras, tratando á unos indios huraños, cuyo idioma, desconocido para él, parecia más bien el bramido de un tigre, que un conjunto de palabras articuladas, y tan léjos de la comunicacion de los suyos, sintió tal repugnancia que quiso volverse, siendo necesaria la fuerza de la obediencia para que permaneciera en su deber. Por fortuna, contaba en su favor con una robustez capaz de desafiar el desabrigo de aquellos lugares; y como sus primeros trabajos no fueron

del todo estériles, resueltamente fabricó una choza y se quedó con los indios.

Al principio, quiso valerse, para hablar á los demás, de un indio fiscal que le acompañaba y á quien él hablaba en mexicano: así, en las chozas aisladas, sentado al fuego por la humedad constante del clima, con el auxilio del intérprete, tropezando con incontables dificultades, emprendia conversacion y la sostenia por largas horas con los rudos indios. Algun conocimiento adquirió de las costumbres y secretos de la tierra; pero juntamente comprendió que para sus designios, que eran de civilizar á los chinantecas, el fiscal era un medio difícil, lento é imperfecto: se determinó, pues, á comenzar por aprender el idioma tomando por maestro al mismo fiscal. Este recurso fué ineficaz, pues aquel indio se había puesto ya de acuerdo con el pueblo para dejar al fraile en la ignorancia del idioma. A pesar, pues, de su buena resolucion, hubiera tenido que volverse, si la Providencia no le depara un niño, hijo de un cacique, deseoso de perfeccionar la escritura que había comenzado á aprender en la escuela de Villa-alta. Este niño sirvió á Saravia de maestro, al mismo tiempo que era su discípulo. Con la comunicacion continúa que tenía con él, descubrió que no estaban bautizados ni aquel niño, ni el indio fiscal, ni otros muchos que perseveraban obstinados en la idolatría: los convirtió el buen sacerdote, y luego que pudo hablar el idioma, predicó á los demás persuadiéndoles suavemente el cristianismo.

Cuatro años perseveró en estos ejercicios, formando en este tiempo diez pueblos, que son los que constituyen aún la provincia de la Chinantla, haciendo á los indios levantar iglesias y vivir vestidos y en sociedad. Le amaron éstos tanto, que al separarse en 1585 para administrar á los mijes, hicieron viaje á México para pedir á sus preladados que no fuese sustituido por otro. En esta ocasion pidieron muchos viejos el bautismo, pues tanta impresion les habían causado

las doctrinas del santo religioso, que aun en sueños las tenían presentes. Un anciano, enfermo de gravedad, súbitamente fué acometido por un letargo que le tuvo dos dias fuera de sentido, al fin de los cuales, vuelto en sí, pidió que le llamasen presto al sacerdote. "He visto, le dijo, dos caminos: el uno, sombrío, rodeado de precipicios, cruzado por fieras que se preparaban á devorarme; el otro lleno de luz, sembrado de flores, al que me llamaban hermosos niños vestidos de luciente ropaje; iba á llegarme á ellos cuando me advirtieron que ántes debería confesarme." Este sueño era sin duda reminiscencia de los sermones del sacerdote.

Fué concedido á los indios que volviese á ellos su ministro, y en treinta años que permaneció en sus pueblos, jamás se le murió sin bautismo ó sin confesion algun enfermo. Descubrió muchos adoratorios, destruyó muchos ídolos y convirtió gran número de los agoreros y sortilegos de la tierra. En uno de sus viajes apostólicos, de una caída se fracturó una pierna, que le imposibilitó de andar toda su vida; no por eso los indios consintieron en su separacion: en unas angarillas lo conducian por todas partes á la administracion de sacramentos, lo que lo puso en cierta ocasion en grave riesgo de morir. Al pasar un rio en hombros de los indios, por un puente colgante tejido de bejucos, por haberse roto éstos, cayó el sacerdote en el rio juntamente con las angarillas á que había sido atado, siendo arrastrado por la corriente hasta que un banco de lianas lo detuvo. Tuvo la gloria de perfeccionar la obra de Guerrero en la Chinantla, y murió en Villa-alta en 1622.

3.—Lo que Francisco Saravia había hecho aquí se encargaron de realizar en otras partes laboriosos ministros. Entre los mijes, fué uno de ellos Lorenzo Sanchez, hijo del adelantado Alzate, quien despues de embarcado en Acapulco, rumbo al Perú, fué arrojado por los vientos en las playas del sur de Oaxaca. Su hijo vino en esta ocasion á

la ciudad, en donde recibió el hábito de Santo Domingo, emitiendo sus votos en el convento de San Pablo. Fué muy amoroso con los indios, cuyas costumbres y alimentos adoptó, siendo el primer párroco de Totontepec.

Guerrero había sostenido una doble lucha, en la cual, si había quedado victorioso de las supersticiones de los indios, distaba mucho de haber dominado la cruel avaricia de los españoles. En su afectuosa solicitud por el bien de los indios le sustituyó Lorenzo Sanchez; en su energía para repeler las agresiones de los encomenderos, fué su digno sucesor Fr. Márcos Benito. La necesidad de dar á conocer las costumbres de la época me estrecha á entrar en algunos pormenores sobre el género de vida de los indios.

No me detendré en explicar sus parcos alimentos ni su sencillo vestido, porque hay muchos libros que tratan con extension de la materia, limitándome á observar, que su moderacion y templanza, muy superior á la de los espartanos, léjos de merecer el menor reproche, muy acreedora es á los mayores elogios. Lo que sí es notable bajo todos aspectos es que la ambicion, poderoso móvil de las acciones humanas, no haya podido anidar en el corazon del indio: las muy pocas excepciones que pudieran oponerse, desaparecen ante la gran masa de un pueblo sin aspiraciones egoistas.

Nace el niño al escaso abrigo de una cabaña de zacate, y se nutre al pecho de la madre. Por lo comun aprende á leer y escribir en su juventud, y no pasa adelante en el cultivo de sí mismo. La educacion política y civil que recibe de sus padres es á su manera y un poco diferente de la nuestra: la instruccion religiosa es escasa y cuanta basta para conseguir el cielo. El porvenir del jóven está cifrado en un pedazo de tierra que hereda de sus padres, que debe cultivar y que no se lo deja arrebatar por ningun motivo. Verdaderamente, la techumbre de su casa es el firmamento, pues vive siempre á campo abierto, sin resguardarse de las

estaciones. Cada año recoge de su tierra los frutos estrictamente necesarios para subsistir, sin cuidarse de hacer provisiones para el tiempo futuro, pues está cierto de hacer el mismo caudal el siguiente año.

Tal sistema es cómodo, pues dispensa á quien lo practica del cuidado angustioso de las riquezas que los indios para nada necesitan; tiene sin embargo el grave inconveniente de que llegado el caso de una grave dolencia, no existan los cuantiosos fondos indispensables para proporcionar los medicamentos que á nosotros nos alivian. ¡Cuán crecidos gastos hacemos en las ciudades en médicos y boticas que á veces nos llevan á la tumba! Los indios carecen de unos y otras; y así, no tienen más recurso que dejarse morir.

4.—Antiguamente, cuando aún los indios no tenían comunicacion con Europa, se medicinaban con plantas cuyas virtudes conocian, y cuya aplicacion fácilmente les sanaba cuando eran curables sus enfermedades. Un doctor europeo, Hernandez, se hizo célebre por el conocimiento de esas plantas, adquirido con las noticias de los médicos mexicanos. Pero la ruina del imperio azteca y la influencia dominante de las ideas europeas sepultaron bajo irremovibles escombros esa preciosa ciencia, salvándose apénas una que otra noticia muy apreciada y de aplicacion continua en la actualidad. Se perdió el conocimiento de las plantas que sanaban á los indios: ¿qué han de hacer éstos en sus enfermedades? Dejarse morir sin curacion.

Ya en el tiempo de que se viene hablando habian adoptado esta costumbre, segun atestigua Burgoa, y tanto que habiendo tenido noticia los reyes de España del desabrigo y abandono en que morian, quisieron proveer de remedio, prescribiendo en varias reales órdenes que se les obligase á tener camas elevadas algun tanto de la tierra. Si estos mandamientos demuestran la solicitud minuciosa de los re-

yes de Castilla, no por eso eran más eficaces para el fin que se deseaba. ¿De qué alivio podría servir al miserable indio una cama formada con cañas mal unidas, sostenidas á una vara del pavimento por cuatro leños hincados en la tierra, que era cuanto podían hacer? Los elementos que modifican la vida, deben estar todos en relacion y á igual altura para influir positiva y eficazmente en el bienestar. La cama debería ser más sólida y mullida, al abrigo del viento y de la luz, según la oportunidad; la casa más amplia, de muros más fuertes y de mejor construcción que las chozas; los indios deberían tener mejor abrigo que el que les daban sus cortas y delgadas mantas, y aliviarse en el trabajo, abriendo mejores caminos, usando más perfectos instrumentos de labranza y procurándose algunas máquinas que sustituyesen á la fuerza elemental y primitiva de los brazos; en el hogar necesitaban de otros elementos, tener algunos goces y disponer de aquellos innumerables medios de comodidad y de placer, que si no impiden la muerte, hacen más llevadera la existencia; sobre todo, no olvidar que el mejor auxiliar en las enfermedades es un tesoro que no podría formarse sin abandonar el cultivo del maíz, adoptando el de otras semillas más nutritivas y valiosas, advirtiendo que la organización social debería estar en relacion con la vida privada ó de familia: es decir, que para que el mandamiento real llenase su fin, era indispensable hacer de un indio un europeo. Tal ha sido el deseo de muchos que sinceramente desean el bien de México. Pero ¿qué, ¿sería posible hacer de un indio un europeo? ¿podría cambiarse la naturaleza de los hombres y de las cosas? Fuera necesario comenzar por cambiar el clima, la configuración del país, su situación topográfica y geográfica, la naturaleza del terreno, etc., modificar los elementos de tal suerte que las necesidades del americano fuesen idénticas á las del europeo: solo así se asimilarían en sus costumbres. La especial combinación de los elementos en un país deter-

minado, más que las leyes es lo que influye, lo que determina el modo especial de ser de un pueblo. Un mije, viviendo en la montaña de Zempoaltepec, nunca dejará de ser lo que es: más fácil se encontraría que un europeo adoptase las costumbres del mije, si habitase algun tiempo en Totontepec, como ha sucedido algunas veces. A pesar, pues, de las ordenanzas del rey, los indios continuaron dejándose morir en sus esteras de palma.

Lo más singular fué que ni siquiera intentaron lo contrario las autoridades. Copiaré á Burgoa que presencié muchos de los hechos que refiere. "Aunque por ordenanzas reales, dice, está mandado á sus alcaldes mayores y corregidores los obliguen con rigor á tener camas, hanle puesto las justicias en los reales que cobran dellos por la visita, dispensándole en todo en las ordenanzas: y lo tienen por comodidad estos libres-esclavos, por que si entran en su casa á registrarles los retretes, el criado, esclavo ó libre, que siempre son mulatos ó mestizos, monstruos en fin de la naturaleza, y los alguaciles, aves rapantes de pobres, se emplean en estos con tanta hambre, que no les dejan traste, trapo ni alhajueta vil que no se la lleven con tanta furia, que el miserable indio, viéndose despojar con esta violencia, no tiene boca de miedo para quejas, por escusar tras del robo, otro tropel de molestias y vejaciones: y por aliviarselas los jueces, sin entrar á sus casas, á la puerta les piden el dinero de la visita, y lo dan los indios de mejor gana, que experimentar el saco de criados y alguaciles, aunque la ordenanza se guarde en el archivo: así compran los desdichados indios el desabrigo que antes tenían y pasan las enfermedades de muerte con toda descomodidad."

Se dirá que por falta de ánimo, por ser de espíritu apocado, los indios no reclamaban sus derechos que las leyes y la misma naturaleza les otorgaba. Pero los indios jamás han sido de pequeño espíritu; ántes bien, en mil ocasiones han probado su valor: provocan á un toro enfurecido,

afrontan impasibles la presencia de un leon, luchan con el tigre, y en los combates no ceden en presencia de ánimo y en arrojo á los mejores soldados del mundo; mas, por inclinacion, obedecen hasta el envilecimiento á sus autoridades inmediatas; y así, diciendo verdad, á éstas ha faltado á veces la buena fé y á veces el tino en el gobierno.

5.—Por su índole, pues, por la opresion en que estaban y por falta de remedios proporcionados, los indios vivian miserablemente, terminando su existencia con una muerte desolada. Esto último conturbó el ánimo compasivo de Fr. Márcos, que al principio se multiplicaba asistiendo personalmente á los enfermos, pero que luego, comprendiendo el origen de aquella miseria, volvió el rostro á los encomenderos y justicias, creyendo poder reprimir sus atropellos y abusos. Mas ¿qué habria de lograr contra la codicia y la costumbre ya establecida? Los indios morian en muy triste desamparo, porque vivian como mendigos. Los empobrecian las demandas contínuas de los que fungian como autoridades inmediatas. Repetidas cédulas reales prohibian tales demandas; mas las cédulas estaban guardadas en los archivos y los encomenderos hacian lo que querian. Tales exacciones eran un robo inícuo, pues no estaban autorizadas por las leyes; pero semejante escrúpulo no podía herir muy hondamente unas conciencias encallecidas en el ejercicio de la injusticia. Así es que, no pudiendo remediar un mal que no tenia remedio, se resolvió Fr. Márcos á regresar á España, de donde habia venido, prefiriendo, á ejemplo de su compatriota San Luis Beltran, morir tranquilamente en su convento de Valencia, mejor que presenciar estérilmente tanto mal y luchar toda la vida sin fruto.

Le sucedió Fr. Juan Ojeda, que perseveró con los mijes cuarenta años. Se le deben el templo de Totontepec y las alhajas que lo embellecen. Hemos hablado ya de este reli-

gioso al tratar de unas huellas encontradas en la cumbre del Zempoaltepec.¹

Fr. Márcos Benito fué tambien el primer párroco de Juquila de los mijes, sujeto ántes á la jurisdiccion de NeJapan. Los vireyes, en virtud del patronato real, de acuerdo con los obispos, iban dividiendo las doctrinas segun la oportunidad y la conveniencia. Fr. Francisco Rodriguez edificó en Juquila un trapiche. Perecieron en los despeñaderos de este pueblo, Fr. Juan Novales, de quien haremos mencion despues, Fr. Lorenzo de Olivera y otros: Fr. José López, murió ahogado en sus rios.

6.—La jurisdiccion de Villa-alta era muy dilatada; sucesivamente se fueron desmembrando pueblos que se erigieron en parroquias. Por 1580 tuvo lugar allí un acontecimiento trágico que no debe quedar en silencio. Hacia poco tiempo que habia llegado Fr. Alonso Garcés, nombrado prior, en compañía de Alonso Montemayor y Gaspar de Illescas, religiosos todos dominicanos. El primero de estos frailes era muy conocido por su devocion al Santísimo Sacramento, en cuya presencia pasaba muchas horas del dia y gran parte de la noche. Como en todas partes, en Villa-alta, despues que habia despachado sus ocupaciones de párroco, se retiraba al templo y oraba largamente, postrado en las gradas del altar: así lo hizo tambien en la noche del 11 de Marzo de este año, luego que terminó el oficio del coro. La iglesia era de zacate, pues la cal escasea por allí, y la madera no dura mucho tiempo por causa de las humedades. Las casas de los vecinos, tejidas igualmente de paja, se sucedian con mucha aproximacion unas á otras. Una negra esclava, á eso de las diez de la noche, salió de la casa de su señora en busca de fuego por la vecindad: encontró lo que buscaba, y se volvía ya para su casa

¹ Burgoa, 2ª parte, cap. 60.